

ENTELEQUIAS Y PLATANALES

Sebastián Castro T.

Filólogo hispanista de la Universidad de Antioquia. Al revisar la versión final de este cuento para su publicación, veo caer un aguacero sobre una Medellín que se ve bermeja entre la neblina. Diviso desde esta pradera de cemento y escucho la última pista del álbum *Llegó Melón* de Johnny Pacheco y Luis “Melón” Silva, año 1977. Letra, Eddie del Barrio. Magníficas trompetas, coros de ensueño. Lo envío y me voy a dormir la siesta de los cínicos, mientras escampa, pues “llueve como en toda la mala literatura colombiana”.

Yo estaba orinando en la platanera, espantando chulos y viendo el Nevado, cuando los sentí llegar. Vi al niño correr hacia mí y a su mamá dándole vueltas a la casa. No más saludarme me preguntó: ¿dónde está el Blanquito? Y yo qué voy a saber, le respondí, mientras me dejaba abrazar del niño. No lo veo hace días, por ahí una semana. Seguro se enmontó, como la Negrita. La mujer se anduvo toda la finca buscándolo sin tan siquiera cambiarse el vestido con que venía de la ciudad. Yo me quedé en el platanal y fingí que seguía orinando. Ahí me quedé parado y hasta risa me dio verla revolotear por los cafetales y escucharla sesear. ¡Qué la iba a oír el animal!, enterrado como estaba bajo mi pie.

Al rato, vino toda triste a buscarme el lado. Quiubo, ¿lo encontró? Me respondió que no, jadeando y juagadita en un sudor que se le escurría por el escote, despeñadero abajo. Le voy a poner comida a ver si vuelve. ¿Y pa' qué te hace falta ese? Mirá que tenés otros siete gatos y un hijo. Pues me hace falta, los animales no son botones para que se me estén perdiendo. Me respondió en un tono que no me gustó ni cinco y ahí se me quitaron las ganas de consolarla. Nos quedamos callados, atisbando un aguacero que caía en el valle.

Blanquito era un animal bello, grande y ojiazul. Ese fue el primero que vivió dentro de la casa, por la insistencia de mi mujer. ¿Y a qué nos llevó eso? Ella decía que no, pero casi mata de asma al pelao. Y por eso se tuvieron que ir un mes para la ciudad a que lo trataran y yo me quedé solo con los ocho gatos. Y pues al menos del asma volvió bueno el muchacho, pero ni el hecho de que fuera un peligro hizo que dejara de querer a ese bendito animal. Y yo también lo quería, aunque no parezca. Se me sobaba contra las piernas cuando llegaba berraco de jornalear y mantenía feliz a la mujer. Pero ¿por qué tenía que vivir dentro de la casa?

El problema con los gatos es que no entienden la autoridad. Yo admiro la valentía, a veces la rebeldía, pero hay que saber obedecer. Por aquí el que no acepta la autoridad, aunque cambie una vez al año o al mes, pues no dura. Uno no pregunta por qué, ni qué pasó. El que llegue diciendo que manda y esté respaldado, pues manda. ¿Qué va a hacer uno? Por eso yo creo que el animal más inteligente es el perro. Un buen perro hace caso, así un día se le dé una orden y al otro día se le dé la contraria. El gato, en cambio... parece muy inteligente pero tiene su pendejada. Se apega a sus instintos caprichosos y

por eso no domina su naturaleza. No es tan adaptable. Cuando nos quedamos solos, me pregunté si era por esa terquedad que la mujer los admiraba. ¿Pero entonces cuál era la vaina con que yo era terco como una mula? La mujer decía que esos animales la amaban, pero ella no veía que eso era mentira y que en eso sí que son inteligentes. Lo que aman es la comida, el lecho y el techo. Muestran el cariño que me mostraba mi patrón; no hay sentimentalismo, es pura y llana utilidad. Eso me lo explicó mi primo Hernán cuando le fui a contar. Si el gatico ese hubiera tenido pulgares, habría sido dueño mío y de media población, como el patrón.

De cualquier manera, ¿era muy difícil que entendiera que si no estaba la mujer no podía entrar a la casa? Varias veces lo saqué con cuidado, delicadamente. Hasta le hice una casita de cartón junto a la puerta principal. Pero no, él se tenía que meter por el techo o por las ventanas y correr a echarse en mi cama si entreabría la puerta. Yo lo cogía del cogote, me miraba en esos ojazos azules y me sentaba a hablarle. Le explicaba que se quedara afuera y parecía comprender, hasta me daba la impresión de que asentía cuando le preguntaba: ¿entendés? Le daba un golpecito en la cabeza, nos reconciliábamos y él se iba a matar pájaros, que luego dejaba a medio comer.

Pero qué iba a entender. Una noche, luego de una faena que me tuvo por fuera dos días, volví y lo encontré dentro de la casa. Se había metido por una ventana y no contento con regar la basura y la comida, se tenía que cagar y orinar en mi almohada. Cuando me vio entrar a la pieza intentó huir, pero lo alcancé a agarrar de la cola antes de que me ganara la puerta. El malnacido me mordió y sin pensar, sin medir mi fuerza, le di media vuelta en el aire y lo estrellé de cabeza contra el piso. Cuando lo vi tambaleándose luego del golpe, no supe bien cómo sentirme. Como no había sangre ni chillaba, no pensé que se me hubiera ido tanto la mano. Lo agarré y lo sobé, pero ya tenía la mirada perdida.

La verdad es que se me revolvió el estómago. ¿Pero ya qué iba a hacer?, ¿llorar? Lo agarré de la cola y fui a tirarlo en un hueco que había hecho entre las plataneras para sembrar un guayacán. Lo dejé ahí y quise seguir mi noche como si nada, pero no podía dejar de mirar hacia el platanal ni de rabiarse mientras lavaba mis sábanas. Aun así, dormí bien y solo fui a echarle tierra a los días por el olor y porque rondaban los gallinazos, que ya le habían pelado la cola y le habían abierto el buche. Los días siguieron tranquilos y era bueno orinar en el platanal, hasta que llegó la mujer. Me daba berraquera

verla llorar por eso, con su vaina de que si el gato se había perdido en el monte debía estar sufriendo, como si fuera un niño chiquito y no una fiera. ¿Así cómo no me iba a entrar mala conciencia?

Entre los sueños en que me ahogaba y veía el gato sentado en mi pecho, mirándome, y el sermón que echó el padrecito el domingo siguiente, hasta quise confesarme. La mujer y el niño me miraban gesticular al final de la misa y casi me rajo. Pero a ese párroco le gustaba sacar las cosas a luz y yo no estaba para esas gracias. Ahí fue que pensé que mejor iba a hablar con Hernán. Ese había estado en el seminario y hubiera sido cura si no se le hubiera atravesado la mamá de sus cuatro hijos. Despaché a la mujer y al niño para la casa, compré una garrafa de aguardiente y me fui para su finca. No había terminado de decirle, hermano, siento culpa porque es que... cuando me dijo, ¿culpa? Ese es un cuento de los santos padres, una entelequia teológica, hermano. ¿Has oído hablar de San Agustín? Ese veía pecado y culpa hasta en bañarse. El hombre cuando es hombre hace lo que tiene que hacer y no consiente culpa. ¿Qué podrías hacer vos, un pobre güevón, que fuera tan grave para cargar con eso? Yo no entendí todo lo que dijo, pero me sonó eso último y vi que tenía razón. Si no se moría de culpa mi mamá que ahogaba los gaticos recién nacidos en el río, ¿qué culpa iba a sentir yo? Ese día llegué a la casa borracho y con el corazón contento y poco a poco la mujer se olvidó del Blanquito y metió en la casa a Niebla, su nueva favorita.

Pero la tranquilidad duró poco. El pelao había llegado raro de la ciudad, como aburrido, y ese día volví temprano y me extrañó verlo durmiendo en mi cama. Cuando me acerqué me di cuenta que había meado todo y me cegó una ira mala. Afortunadamente, la mujer me lo quitó de las manos, porque lo tenía alzado de una pierna e iba para el piso. Yo me fui a orinar al platanal y pensé que eso no tenía gracia, al muchacho no lo quería de abono para banano. También pensé que era poco lo que yo les daba, pues a duras penas me las arreglaba para que no pasáramos hambre. La mujer no demoraría en conseguir quién la mantuviera mejor. Todavía estaba joven y buena. Hasta el sinvergüenza del patrón me la pretendía. No le iba a faltar quién le diera comida, la llenara de hijos y la dejara acumular gatos que la hicieran feliz o al menos le permitieran soportar. Cuando entré a la casa ambos estaban llorando. Yo cargué al niño, lo besé y le dije que me perdonara. Luego lo dejé en el suelo y vi que la mujer me miraba con resentimiento. Así que cogí mis cosas y me fui del pueblo sin decir nada más. ■